

licas mosaicas y á las tradiciones judías. Cuanto mas se estudia este período de la vida cristiana, esta fase del dogma católico, mas claro se nota que sus esperanzas dimanaban todas del mesianismo judío y que sus tendencias iban todas encaminadas á exaltar la familia de Israel sobre las demás familias del mundo. A tales creencias religiosas unian prácticas sociales de pobreza, de caridad, de renuncia á todos los bienes individuales, de aspiracion á los bienes comunes, que cuadraban mucho á secta, nacida en los desiertos y exaltada por las reverberaciones de aquel ardiente cielo de Palestina, cuya luz enciende así las tierras como las almas en sus intensísimos ardores. El comunismo se extendió y se arraigó mucho entre aquellos judeo-cristianos. Como un matrimonio rico, en que el marido se llamaba Anias, y Safira la mujer, vendieran sus bienes, y entregaran á la comunidad solo una parte, reservándose el resto, reconvínoles Pedro por esta reserva en palabras tan duras que cayeron muertos de pena en el acto y fueron seguidamente enterados en la tierra misma, teatro mudo de su inocente culpa. Por tal manera mostraba su poder el fundador de la primera autoridad espiritual. Sus gentes, por él conminadas y reconvenidas, caían muertas á sus plantas como los míseros mortales á quienes amenazaba con su ceño y con su ira el Dios de los judíos, aquel Dios de la severa justicia, y por ende de los implacables y terribles castigos. Y Pedro, á fin de adoctrinar al pueblo escogido, separado de toda relacion con los idólatras, iba al templo, recorría sus pórticos llenos de gentes, tocaba la teba; y allí, en presencia de los fariseos alarmados, volvía con grande tenacidad á proclamar el nombre de Jesus y á suscitar en su contra las iras de los poderosos que no querían ni sublevaciones ni conflictos, hallándose, como se hallaban, bajo el poder de Poncio Pilatos y la tiránica autoridad de los Césares. Providencial era semejante proceder en quien debía representar y encabezar el Catolicismo. Esta obra secular necesitaba dos primeros fundamentos incommovibles: uno teológico y otro moral. Sin el teológico no se regeneraba la conciencia y sin el moral no se regeneraba la vida, y toda la obra regeneradora se perdía miserablemente. No puede pasarse de una tesis á otra tesis en las grandes afirmaciones, de un término á otro término en las grandes series, de un punto á otro punto en las líneas misteriosas del tiempo, sin dejar los antecedentes lógicos perfectamente esta-

blecidos y las verdades fundamentales perfectamente asentadas. No podía elevarse el Cristianismo en la conciencia humana sino partiendo de estas dos premisas bíblicas, de la idea de Dios claramente definida y de la ley moral claramente formulada. Y para esta obra providencial necesitábanse con suprema é inevitable necesidad las tendencias judías de Pedro y sus sectarios, aquel semifariseísmo que los separaba al pié de la cruz del resto de los hombres, aquella fidelidad inquebrantable á la Sinagoga, santuario de Dios y de sus eternos mandamientos. Y por este proceder quedaron dos ideas ya definidas, dos dogmas ya concretos, dos principios ya establecidos: la existencia de Dios, de Jehová, del Eterno Padre y la promulgacion de sus leyes morales. El Cristianismo tomaba al Judaísmo todo lo que podía y debía tomarle en aquel supremo instante, gracias á la judía tenacidad de San Pedro. Quedaban pues dentro de la nueva doctrina la existencia de Dios y la promulgacion de los divinos mandamientos.

El nuevo dogma no hubiera abrazado toda la vida ni contenido todo el espíritu, de permanecer tal como lo profesaban y mantenían los judeo-cristianos. Para corresponder á las necesidades crecientes de la humanidad, para abrazar los opuestos polos de la historia, para contener el espíritu humano, debía no permanecer en Oriente, sino dirigirse también hácia Occidente, no contentarse con absorber el judaísmo, la religion divina, sino absorber también el helenismo, la humana filosofía. Mientras los profetas bíblicos, en sus desiertos, por las orillas de extranjeros rios, bajo los sauces que simbolizaban y aun plañían con sus fúnebres y llorosas ramas el destierro, traían desde las nubes del cielo asiático sobre la mísera humanidad el rocío de las ideas divinas; los filósofos, en medio de aquellas ciudades griegas, pobladas de estatuas y de templos en que los pueblos parecían coros, y la vida poesías, arrancaban á la conciencia humana sus secretos y escribían á una en páginas resonantes de inmortal elocuencia los ideales filosóficos; siendo indispensable, si el espíritu humano había de resplandecer en toda su luz, unir estos dos rayos misteriosos, de los cuales uno como que bajaba de Dios á la inteligencia humana y otro como que subía de la inteligencia humana á Dios, armonizando así la religion y la razon por misteriosa manera en inacabables armonías. Dentro, pues, de la primitiva asociacion cristiana, en sus primeros



comienzos, si habia muchos judíos galileos, tambien habia muchos judíos helenos. A la cabeza de estos encontrábase en sazón tal San Estéban, como á la cabeza de aquellos San Pedro. Jóven y apuesto, de una fantasía verdaderamente griega por lo plástica, de una elocuencia que recordaba los dias mejores de la Agora; contra los judíos puros muy airado y muy decidido en favor de que Cristo participase de la divinidad de su Eterno Padre reconocida y proclamada por toda la Iglesia; el orador Estéban, diestro en todo el admirable tecnicismo platónico y resuelto á juntarlo con las tradiciones judías, puso, en arranque oratorio de primer orden, sobre la casa de piedra que Salomon elevara al Señor, sobre aquel templo, tan adorado de los judíos como el arca misma de la alianza, ese otro templo cerúleo, que no cabe en los espacios infinitos, y que se llama alma; y en el trono de estrellas, donde se elevaba solitario Jehová, teniendo por peana el Universo, la persona de Cristo: dogmas, que completaban el Cristianismo, pero que herian á los fariseos, y les obligaban á enfurecerse contra el que blasfemaba así de la obra salomónica y desconocia el monoteismo de los judíos. Aquellos mismos sacerdotes que tan tolerantes con Pedro se mostraran, reduciéndose una vez á decirle que no mentara de nuevo á Jesus y otra vez á expulsarle del templo, despues de haberle propinado, por fórmula, unos azotes para aplacar la cólera del pueblo; indignáronse contra San Estéban y le arguyeron, como á Cristo, de blasfemo, lo cual equivalia en puridad á condenarlo sencillamente á muerte. Los unos dijeron que hablaba contra el Templo, los otros que maldecia de la ley, los mas que escandalizaba los oidos de las gentes poniendo un reo, enterrado hacia tiempo, frio y corrompido cadáver, á la diestra de Jehová; proposiciones que oscurecian la claridad de los cielos de Jerusalem y demandaban á una súbita y ejemplarísima pena. La ley no podia estar mas terminante. El Levítico en sus cánones condenaba á la lapidacion á todo aquel que blasfemase del nombre de Dios ó lo invocara en vano. «Y el que pronunciare el nombre de Jehová, morirá de muerte violenta, todo el mundo le apedreará, así el natural como el extranjero: si pronunciare el nombre, que muera. Y habló Moisés á los hijos de Israel y ellos sacaron al blasfemo fuera de las tiendas y apedreáronle con piedras, y los hijos de Israel procedieron segun que Jehová habia mandado á Moisés.» Bastaba que el Sanhedrim

recordase estos versículos para que todo el pueblo se subiese á mayores recordando, no ya el derecho, el deber que tenia de apedrear al blasfemo. Tapáronse los primates con ambas manos las orejas en señal de horror y cogieron las muchedumbres las piedras de la calle para arrojárselas al jóven que osaba creer superior un templo espiritual compuesto de ideas puras á un templo material compuesto de tosca tierra. Nada les detuvo, ni la prestancia del diácono, ni la juventud, ni el sentimiento, ni la fantasía luminosa, ni la elocuencia arrebatadora, ni el heroismo con que levantó los brazos al cielo en pro de su divino ideal, ni la sublime resignacion religiosa con que recibió la visita de la muerte en tan temprana edad y con tantas virtudes y esperanzas como iluminaban aquella breve y gloriosa vida. Privilegio de la divina Grecia: el primer mártir de la buena nueva fué uno de los suyos. En aquellos horizontes celestes, en aquella tierra donde fluye la miel de la inspiracion se aprende no solamente todo el valor de la vida, sino tambien todo el valor de la muerte.

Todos estos holocaustos son fecundos en gérmenes de nueva vida. De cada uno de ellos surge una idea que alimenta y sostiene á cien generaciones. Dios ha querido que la muerte en el martirio tenga una virtud creadora mucho mas grande que el amor satisfecho y tranquilo. Sócrates murió por separar la conciencia del Estado, y reveló así el eterno tribunal que llevamos dentro de nosotros mismos para entender y juzgar de todas nuestras acciones. El jóven Estéban reveló que sobre los templos de piedra sujetos á las guerras, á los incendios, á los terremotos, se levantan los templos espirituales sobre los que no puede ejercer jurisdiccion alguna la muerte. Por esta misteriosa predicacion, por este sacrificio, por la divina virtud de un mártir, el helenismo, la idea de la humanidad, la idea del arte, la idea de la ciencia, el Verbo, en una palabra, entraba misteriosamente en el Judaismo, en la religion del poder, de la tradicion, de la autoridad, de la ley escrita, del templo material, de las prácticas litúrgicas, uniéndose así dos ideas que habian estado separadas é identificándose dos razas que habian parecido enemigas. Los arcángeles de la Biblia se apresurarian á recoger el alma bendita del santo para engazarla como una estrella espiritual en el cielo invisible que rodea al Dios-Espíritu; pero los pensamientos, que destilaban los plátanos de la Academia



y que lucian con tan nuevos resplandores, debian seguirle en su vuelo y acompañarle hasta las puertas del Empíreo como Virgilio al Dante. La tumba de Estéban comenzaba á unir el Helenismo con el Judaismo, y esta union comenzaba lentamente á su vez á ampliar el Cristianismo y á difundir el principio del Verbo, la idea del Dios-hombre, en la humana conciencia. Pero el alma de Estéban será tan solo como un albor de la gran doctrina; otra alma vendrá en seguida que dé una amplitud mayor y un sentido mas general y humanitario. Esa alma es el alma sublime de San Pablo. Vamos á contemplarlo un momento porque su influencia es decisiva en la formacion y desarrollo del Catolicismo.

La doctrina y la predicacion de San Estéban, su muerte misma, anunciaban que el Helenismo se apercibia á entrar en el seno del Judaismo, preparando de esta suerte la nueva doctrina, la nueva teología, la nueva religion que está formándose en torno de la persona de Cristo y que iba despues á extenderse como una luz misteriosa por todo el Orbe civilizado. Mas no bastaba traer al seno del Cristianismo las ideas heleno-latinas; convenia traer tambien las dos razas latina y helena depositarias, á la sazón, de toda humana cultura. El primer intento de helenizar el Judaismo se frustró en la persona de Estéban como suelen frustrarse, por regla general, todas estas tentativas de progreso, un tanto prematuras. Pero el intento de llevar al Cristianismo las razas heleno-latinas debia prevalecer gracias á las enérgicas y potentísimas cualidades del hombre que lo concibió y que lo realizó, del inmortal San Pablo. La ingratitud que las instituciones nacientes cometen siempre con las instituciones sus generadoras, sus madres, debia ser cometida por la Iglesia sin remedio alguno, respecto de la Sinagoga. La nueva doctrina tenia que volverse contra la doctrina antigua como una negacion formidable, aunque naciera de esa doctrina como nace el arroyo de la fuente. La Iglesia tenia que ser ingrata por necesidad con la Sinagoga. Sin esta ingratitud no le era posible crecer y desarrollarse como una institucion llena de vida propia, como un dogma lleno de principios propios tambien. El Judaismo se componia de dogmas necesarios á toda la humanidad y de prácticas solamente necesarias al pueblo judío. Su templo material podia arruinarse, su liturgia complicada desvanecerse, su higiene religiosa concluirse, sus leyes relativas á la alimen-

tacion abrogarse, toda la parte material destruirse como un edificio cuarteado, sin que sufriera gran cosa lo que necesitaba principalmente la humanidad para su progreso, el hombre para su vida moral, la historia para su esplendor, el mundo para su desarrollo, á saber, la parte espiritual de la doctrina, sus dogmas superiores á todos los tiempos, su Dios eterno creador y conservador de todas las cosas, sus eternos mandamientos reguladores de todas las acciones y norma indispensable á la humanidad. Así es que dar de mano á lo transitorio del Judaismo y extraer lo necesario y lo eterno fué la obra superior de San Pablo, la gloria de su vida, el secreto de su inmortalidad en todos los tiempos y de su influjo sobre todas las generaciones. Judío por su raza, griego por su nacimiento, romano por el temple de su natural imperioso, fariseo por su educacion y por las doctrinas religiosas que bebiera en la juventud, filósofo heleno por la vasta extension de su alma y la increíble flexibilidad de sus ideas, político latino por la claridad de juicio que le guiaba y el doble conocimiento de lo ideal y de lo real que tenia, audaz y mesurado, tenacísimo y complaciente, sectario ardoroso y conocedor práctico de las dificultades y de los obstáculos, su inteligencia sintética, su voluntad férrea, su fe ardorosa, sus virtudes varias, dignas á un tiempo de la Sinagoga, de la Agora y del Foro, lo predestinaron á la obra capital de aquella crisis, así á destruir todo cuanto habia en el Judaismo de accidental y transitorio como á recoger los fundamentales principios de la antigua religion, los relativos al Dios creador y á la vida moral, uniendo luego en una comunión religiosa de todas estas verdades, por medio de amplísimas doctrinas, á todas las razas, y estableciendo definitivamente sobre la conjuncion del elemento judío, latino y heleno, la nueva y definitiva Iglesia, que debia contener, como un arca santa, los ulteriores destinos de la humanidad y los grandes impulsos del progreso. El empeño de los judeo-cristianos era completamente imposible; retener institucion tan vasta como la Iglesia en molde tan estrecho como la Sinagoga. O la Iglesia no era nada ó la Iglesia debia ser la humanidad. Y la humanidad no podia encerrarse en los límites de una sola nacion. Las prescripciones litúrgicas, las ceremonias religiosas, la circuncision, las prohibiciones relativas á la carne de cerdo y á otros manjares, los preceptos políticos é higiénicos explicables cuando todas las instituciones se contenian á una en